



**WD
40**

N° 9
Valparaíso
verano 2024-2025

**Revista
de poesía,
ensayo y
crítica**

ISSN 2452-6088



La poesía es la sombra de una sombra

Bruno Montané Krebs nació en Valparaíso, Chile, en 1957. Residió en México entre 1974 y 1976, donde fundó junto a Mario Santiago, Roberto Bolaño y otros poetas, el movimiento poético infrarrealista. Desde 1976 vive en Barcelona.

Ha publicado *Helikón* (1987), *Cuenta* (1998), *El maletín de Stevenson* (2002 y 2012), *El cielo de los topos* (2012), *Mapas de bolsillo* (2013), *Setanta-set poemas* (2013), *El futuro. Poesía reunida, 1979-2016* (2018), *El futuro* (2019), *Efímera* (2022) y *La tua lingua é una luna calda* (2024). Sus poemas han aparecido en revistas y antologías tan emblemáticas como *Correspondencia infrarrealista* (México), *Trilce* (España-Francia), *La zorra vuelve al gallinero* (México), *Entre la lluvia y el arcoíris: algunos jóvenes poetas chilenos* (Rotterdam, 1983), *Litoral* (España, 1999) y *Hora Zero: los broches mayores del sonido* (Perú, 2009). Ha sido traducido a diversos idiomas.

Es editor en Ediciones Sin Fin, editorial de Barcelona que desde 2012 recupera obras de escritores latinoamericanos como Osvaldo Lamborghini, Jorge Teillier o Carmen Ollé.

En el invierno de este año 2024 visitó distintas ciudades de Chile, compartiendo durante el intenso periplo sus más recientes publicaciones: *Cuaderno del futuro* (2023), *Un largo solo* (2024), *Teorías* (2024) y *La guerra ha terminado y otros poemas* (2024). A continuación ofrecemos cuatro de las presentaciones que durante dicha visita testimoniaron la trayectoria de Bruno y la sugerente profundidad de su palabra poética que tiembla en la meditación.

Cuaderno del futuro

(Los Perros Románticos, 2023)

Por Juan Manuel Mancilla

Tal vez sea la poesía de Bruno Montané Krebs (Valparaíso, 1957) un movimiento en perpetua expansión. Es tal vez la expresión multicorte de un único poema que aún se expande y propaga. Dos asociaciones permiten un acercamiento. Más bien dos imágenes: un fractal y un mantra. Para el caso, la prefiguración (audio-visual) de ambas formas posibilita la entrada hacia esa materia que pareciera ser un eco sónico impreso, una proyección que deja sombras imprecisas por el espacio invisible del tiempo, y que flota por el cristalino y resplandeciente poema infinito escrito por Montané en el transcurso de los años.

Estamos de acuerdo cuando Ignacio Echevarría, en el prólogo de *El futuro. Poesía reunida (1979-2016)*

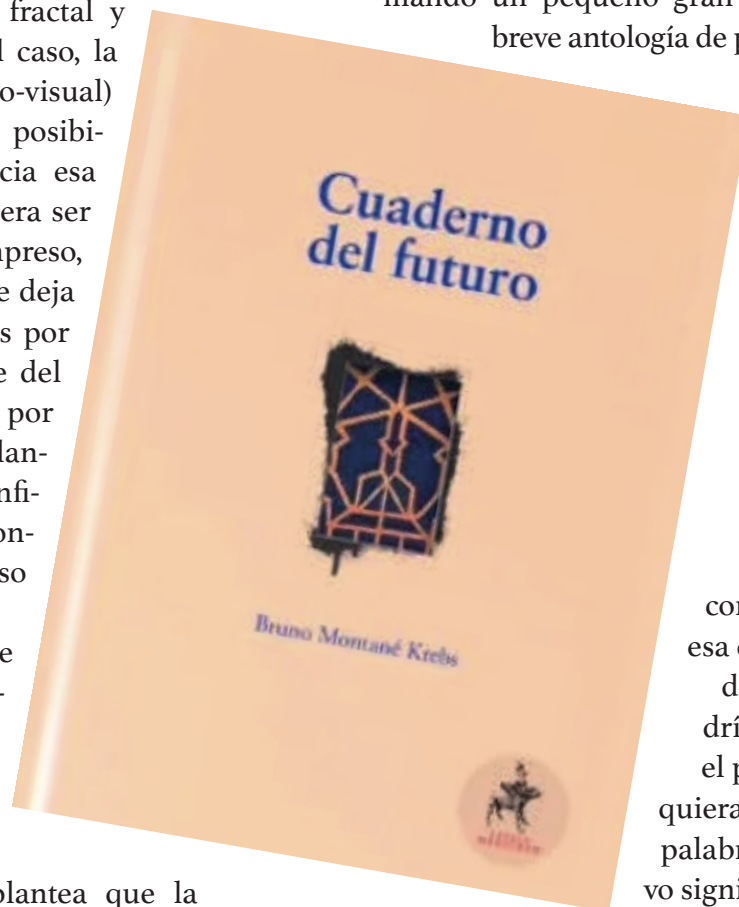
(Candaya, 2018), plantea que la poesía de Montané nunca se revela del todo. Tal parte no revelada tampoco pareciera adquirir o buscar la impronta de algo incógnito. No se trata de una poesía que juegue a la bienaventuranza de lo hermético. Tampoco pensamos de una apuesta que se juzgue por el encuentro azaroso irrestricto, a la manera del surrealismo. Todavía menos que se quie-

ra dejar mudo al lector ante los textos. Precisamente, eso indecible es lo que singulariza a la poesía de Montané: la experiencia abismal de una *avisualidad*, es decir, aquello que las palabras mismas no alcanzan a velar, pero que asomados al acontecimiento del poema, sí podemos vislumbrar como lectores.

Cuaderno del futuro está dispuesto en cuatro secciones. La primera es «Fragmentos de un pequeño diccionario». En esta parte el poeta define y redefine las palabras conformando un pequeño gran diccionario. Una breve antología de palabras

re-buscadas y, aunque extrañas, no son ajenas al propio castellano: «Acuidad», «A fusión», «Balumba», «Hoploteca», «Nefelibata», «Ocelo», «Pavesas»... Así, estos ejemplos constituyen parte de esa especie de contradiccionario. No podríamos afirmar que el poema (y el poeta) quiera apropiarse de las palabras porque el nuevo significado, reescrito a partir del texto, es objeto compartido.

Más bien, la operación del poema es la des apropiación del significado unívoco y externo (eterno). De esta manera, observamos un gesto de insubordinación que apunta a la alteración del orden discursivo convencional, el mismo promovido y prefijado por la RAE en cuanto



al repertorio lexical de la lengua castellana. De hecho, el carácter subordinado queda manifiesto en que la definición académica se ha desplazado hacia la nota a pie de página, minimizando su peso institucional y restando su centralidad. Los efectos de la operación poética es que las palabras se expanden y movilizan, sus significaciones se ensanchan, no emitiendo una sola señal, no dirigiendo una sola definición para cada una de ellas, sino que se reconfiguran (antes que conforman) como un diccionario de entradas y salidas multidimensionales, las mismas que no están escritas y dichas para representar, sino que han sido reinscriptas para redefinirse a sí mismas, a partir de una experiencia emotiva, evitando o haciendo caso omiso de la definición docta y doctrinal centrada meramente en la racionalidad pragmática de la lengua. Por ejemplo: «Heñir»: “El verbo detalla aquello que la mente sueña. / Verbo y gesto, iluminados en el silencio”. O también en «Rubato»: “El soterrado uso / de lo que se sumerge. / Y la gracia indecible de ese lento canto”.

Luego, la sección «30 Postales» despliega una especie de numerología que se asemeja a la anterior parte, solo que la presencia del número es lo que prefigura los poemas. No obstante, se trate de letras (de un diccionario) o números (de un calendario), ambas son formas de cifrar una experiencia, quizá indescifrable, de ahí la conexión numérica con el numen. El poema «1» comienza así: “Te contaré los días de viaje / y el humor de la luz / en su invencible juego / de innumerables distancias”. Es interesante la ambigüedad abierta sobre la idea doble de *contar*, remitiendo a la cifra numeral o a la acción del decir. En efecto, nos preguntamos si acaso no es el viaje la suma (resta, multiplicación o división) de experiencias que se acumulan y reorganizan para dotar de sentido a aquello innumerable. O en el poema

«30» cuando dice: “Congreguemos la dudosa unidad del poema [...] / Escuchemos las voces en los más vivos espejos [...] / Recordar que el sentido habita en las resplandecientes / voces oídas en el fondo de un espejo / –del tamaño del Universo–”, donde el hablante sigue apostado en querer prolongar esa larga e infinita interrogante que no pareciera perturbarle, sino más bien abrirle la posibilidad de contemplar el invisible y efímero infinito a través del poema.

Ya hacia la tercera parte denominada «Cámara», encontramos la constante en la poesía de Montané. Nos referimos a la serie. Una especie de marca o huella registrada de su escritura poética. Nos preguntamos sobre los alcances y sentidos de serializar poemas. Sin querer cerrar este asunto, nos inclinamos por pensarlo provisoriamente como una forma de apertura del poema. Es decir, en esa materia densa y artefacto recargado, similar al átomo-poema, Montané realiza multicortes y adentra al lector en esos intersticios mínimos, espacios vastos abiertos por el poema en multi perspectiva. Series y variaciones sobre lo mismo que, a la vez, también deja de serlo. Ya el título de la serie es ambiguo y marca un carácter polifónico que repercute en diversos planos, abriendo así la imaginación del lector. Se podría tratar de poemas-capturas desde una metafórica cámara fotográfica o filmadora, a propósito de la anterior sección «Postales», relativa también a los lenguajes visuales. O en otra dirección, refiriendo la intromisión en ese espacio íntimo, la *recámara*, inclusive, la idea del dormitorio nupcial cuya palabra remite al tálamo, espacio del encuentro íntimo por antonomasia. Pues, ¿no es acaso la poesía y el poema la expresión mínima de la intimidad, esa que también es la máxima experiencia subjetiva?

Leemos en «Cámara 1»: “Reescribe los destellos de una memoria / olvidada como el

apacible sueño / de un hombre que duerme vigilado / por la conmovida agilidad del perro que lo mira”; y en «Cámara 4»: “Haz una concisa muestra de este frágil esfuerzo, / mover un montón de palabras en los cálidos / sótanos de la página en blanco”; O también, en «Cámara 8»: “Me dije, que poema más malo. / Sin embargo, algo se revelaba / en ese no saber, en aquella insistencia”. En las citas se manifiesta aquello que llamamos el carácter *avisual* de la poesía de Montané, aquello que innominado puebla de voces y sonidos al poema. Eso indeterminado que igualmente contornea una figura, quedando sugerida y susurrada, dispuesta a la imaginación. Por otra parte, se concreta también la posibilidad de una escritura que no se funda en la mera textualidad escritural, sino que se con/funde también con los lenguajes de otras manifestaciones artísticas, como lo es el video, la pintura, la música, o incluso, la performance de una *serie* de poemas. De hecho, como preámbulo a la verbalidad, figura como primera página del libro una gráfica creada por Paul Montané Schürholz. Se trata de una especie de fractal o mantra laberíntico que funciona como un portal-portadilla que emerge en la cubierta del libro.

Finalmente, el último capítulo de esta obra se llama «El futuro (El cuaderno)». Esta parte da el título a todo el libro. En ella se produce una conexión, una transfusión poética, una deriva y prolongación de la última parte de *El futuro. Poesía reunida (1979-2016)* publicada anteriormente en 2018. En efecto, además de reproducirse una serie de poemas, la presente edición suma, anexa y adhiere nuevos textos, resultando una especie de libre encadenamiento, provocando un nuevo encabalgamiento, no solo de versos, sino también de poemas, proyectados como una hilera: hebras-palabras que tejen otra nueva trama en la obra poética de Montané. Así, leemos en el poema «Rastros»: “Algo aparece sobre

la invisible línea / que recorre estas páginas, algo / innombrable y enfático en su sueño / empecinado, en su obcecación / arrebatada y única, algo que una vez más / tiembla en la danza de las palabras”. Es en esa danza de palabras donde la poesía de Montané se da. Especie de ceremonia o rito donde ellas son el centro del abismo, el punto donde nace el brillo del diamante o donde se abre el ojo del mandala.

Pareciera que en los textos se está reflexionando constantemente sobre el poema, pero pensamos que no es esto lo fundamental en esta escritura. Por cierto, no se trata de una metapoesía solamente (acaso si lo fuera), sino del poema en tanto artefacto o dispositivo que se manifiesta activo, una potencia/latencia para repensar y recrear el mundo constantemente a través del mismo poema. De este modo, en ciertos momentos la poesía de Montané pareciera tener resonancias de una escritura filosófica o de una filosofía poética. Ambas posibilidades son albergadas por sus textos, ninguna se agota. Difusas huellas dactilares puestas sobre el alma de un diamante, siempre en estado bruto, es decir, antes de su brillantez futura. Para finalizar tentativamente, las repercusiones del poema-poesía de Montané se amplifican y transforman cada vez que se manifiestan mágicamente como las refracciones de un prisma, pero no grabados en la piedra filosofal, sino en el poema. Ejemplo textual de esto último es el poema «La veladura» que manifiesta aquel “brillo solar del hueso que habla”. *Veladura* que suena, se ve y lee como *levadura*, aquella materia inerte que expande el alimento más necesario, el pan diario de la poesía. Así también, los poemas de Montané nutren en tiempos de hambre y basura. Por ello y más, bienvenido sea el cuaderno presente de Montané, por aquel poema que ha de ser otra cosa.

Selección de Cuaderno del futuro

El cielo

El mismo trabajo y la misma pasión
para construir algo no conocido.
Un cielo al revés, el cielo
de quienes creen que nada tienen,
el cielo más recóndito, aquel que vive
detrás de todas las vallas,
el del barro y los pies mojados,
el de los sapos y las hierbas podridas.
Para él damos el lento trabajo,
las horas tragadas a la noche,
el esplendor de los perdidos.
Por ese trabajo escribimos
poemas inútiles y, mientras soñamos,
nos sumergimos en el futuro.

Incrédulos

No puedo creer en los gestos
que se condenan a la resolución definitiva,
los gestos hundidos al final de todos los
[caminos,
los trazos dibujados para desaparecer en el
[silencio.
No puedo pensar en lo que termina
y luego ya nada dice.
No puedo ver el final de un camino
y ver que allí no se abren nuevos senderos.
No debemos probar la pureza de nuestros
[sueños.
En otro lugar espera aquello que no
[entendemos
y que, sin embargo, no deja de sostenernos.

Cohesión

Todos juntos y abducidos
por el temblor del Tiempo,
todos unidos en nuestros miedos,
afiatados por el tesón de un único latido,
abrimos la boca ante la anécdota o el desastre.
Todos juntos, oprimidos y aprensivos
entre la luz del hambre y el equívoco programa
del trabajo y del dinero, arracimados
en una rama que cuelga en el vacío
aprendemos todos juntos,
sometidos a la misma respiración,
fijados a un idéntico pánico, nosotros,
hijos de una luz cada vez más extraña.

Aprendizaje y respiración

Dar cuenta de la escritura –ese es el tema–,
como quien simplemente escribe o habla del
[amor.

Redactar es una acción que atraviesa
el discurso de lado a lado, pero solo
escribir –que es y no es lo mismo–
llega hasta el fondo. Decimos que hacemos
aquello que imaginamos, que hemos
[razonado,
y que al fin hemos puesto en práctica.
A la escritura no le preocupa el discurso
ni tampoco el correcto pulso de la redacción,
lo que ella quiere es dejar de ser una palabra
que esconda sus nervios, lo que ella desea
es ser un poema, un rayo, un trueno
en el oído interior del discurso.
Como sabemos, el poema no se redacta,
el poema solo quiere aprender a respirar.